

De todas las latitudes llegan hasta nosotros los ayes lastimeros de gobernantes escarmentados que lamentan las consecuencias del error cometido al privar a la infancia de ese salvavidas indispensable para los naufragios de la existencia humana, tanto individual como social: la Religión. Y muestras diéramos de nuestra incapacidad para manejar por nosotros mismos los asuntos de casa, si, haciendo oídos de mercader a los gemidos procedentes de la ajena, nos obstináramos en orillar la sima del fracaso donde por ventura sucumbieron los demás.

Y bastan los rudimentos de lógica para obtener la conclusión de la imposibilidad de contar con generaciones religiosas, a menos de haber tomado oportunamente la precaución de formar la niñez en la atmósfera de sus deberes para con Dios, que fuera gran necesidad pedir cotufas en el golfo o esperar fresas de un cogonal. Nadie da lo que no tiene, dice un apotegma filosófico, como sería irracional exigir conocimientos científicos de quien jamás recibió ninguna suerte de instrucción, igualmente habría de serlo reclamar algún linaje de religiosidad de quien se aleccionó en las letras, sin amaestrarse al mismo tiempo en las verdades de la religión.

“Desde antiguo, dice W. Rein, han estimado todos como primera y principal materia escolar, el ESTUDIO DE LA RELIGIÓN, el cual debía fortalecer los sentimientos religiosos y morales, como base de la futura vida en la Iglesia, el Estado y la comunidad”. “A la escuela, añade el mismo, toca la transmisión de todos los elementos de cultura, y por consiguiente, también de la RELIGIÓN”. “La religión, continúa el gran pedagogo, pertenece tan esencialmente al total movimiento de la cultura, que la enseñanza escolar que renuncia a ella sólo puede dar FRAGMENTOS DE CIVILIZACIÓN”.

“La Etica, escribe Th. Vogt, señala los fines dignos del hombre, pero no da garantías de conseguirlos. ESTAS SOLO PUEDEN HALLARSE EN LA RELIGIÓN”. “Para el sumo perfeccionamiento y firmeza de la moralidad, asegura Foerster, no se puede prescindir de la religión”. Y el ya citado Rein, nada sospechoso de clericalismo, confiesa que “cuando se viene a la conducta moral, sólo la Religión se ofrece como poderoso sostén y la FE RELIGIOSA es quien puede sostener nuestras vacilaciones

nes y animar y enderezar nuestra flaqueza.” Seguir el camino de citas, sería cuento de nunca acabar.

Pero, no queríamos omitir una más, de Joseph Reinach en el “Histoire d'un Idéal”, donde se expresa así: “La Historia y la experiencia enseñan que la Iglesia y la escuela son ambas indispensables. No era un reaccionario, sino un filósofo excomulgado, Renán, quien les había asegurado (a los fundadores de la instrucción primaria obligatoria) que una nación no puede prescindir de la una ni de la otra. Hubiérase debido edificar la escuela al lado de la Iglesia, y se ha querido, por el contrario, levantarla sobre sus ruinas. No hemos acabado de pagar las consecuencias de ese fatal error.”

Y de esta guisa indefinidamente. Todas las manifestaciones de estadistas y pensadores de distintos credos religiosos o políticos desarrollan, con las variantes peculiares de su respectiva filiación doctrinal, el mismo “leitmotiv”, escrito siempre en tono menor y con tinte marcadamente melancólico, el más adecuado al género de lamentación. Esta armonía de opiniones de cerebros tan privilegiados debiera reprimir las demasías de tantos afómanos indoctos que escriben con desenvoltura, sin primero tomarse el trabajo de estudiar.

Mas, puesto que todos hayamos convenido en la necesidad de llevar la Religión a las escuelas públicas, bueno será declarar cuál sea la manera más conducente de poner al gato el cascabel. En las declaraciones publicadas por el diario matutino, cuyas gestiones han comunicado esta vez calor a problema tan trascendental, quedan apuntados algunos medios de solucionar las dificultades provenientes de la diversidad de Credos hoy registrada en nuestra comunidad. Nos duele declarar que disentimos de todos ellos, no precisamente porque todos se nos antojen erróneos, sino por haberse reducido los más aceptables a exponer media verdad.

Verdad es que lo mejor resulta muchas veces enemigo de lo bueno, pero no está menos demostrada la inutilidad de los paños calientes, con los cuales podremos distraer acaso al paciente, mas nunca serán medios eficaces para devolverle la salud. Otro día diremos lo demás.

LUIS VARGAS.

La ciencia de las religiones

Con el permiso y venia de los amables lectores vamos a adentrarnos hoy en el ancho y vasto campo de una nueva rama de las ciencias teológicas, nacida, como tantas otras, al calor del odio sectario, que de todo se vale y que lo utiliza todo con tal de conseguir—vano empeño—dar un mentís a la Iglesia Católica, el enemigo que se han empeñado en destruir y aniquilar, pero que no obstante todas sus diatribas y sus ataques redoblados, permanece siempre igual, siempre triunfadora, cada vez más bella, tanto más hermosa y pura cuanto más combatida.

No faltan espíritus apocados entre los católicos—por otra parte fervorosos y buenos—que se asustan cuando alguien se les pone delante y con la mayor frescura y el cinismo más descocado niega los dogmas de nuestra religión. Entre nuestros enemigos abundan los que creen que para destrozarse el cristianismo les basta y sobra con despotricar—tal es la única palabra adecuada—contra aquello que hay de más noble y sagrado en el Catolicismo; de ahí su táctica cien veces reprobada de afirmar sin probar nada, de estampar en las columnas de su prensa los mayores absurdos, sin detenerse a probarlos.

Para no pocos de los lectores, tal vez, resulten nuestros ya publicados artículos sobre el "racionalismo" y los que pensamos dar a luz sobre la novísima "Ciencia de las Religiones" material peligroso, ya que en ellos hacemos pasar ante sus ojos, como en cinta cinematográfica, la multitud de negaciones blasfemas y de absurdos principios que la irreligión y la falsa ciencia van acumulando de siglo en siglo contra nuestras doctrinas y principios religiosos.

Si sospechásemos que cualquiera de los que por estas mal pergeñadas líneas pasen sus ojos, habría de padecer el más pequeño detrimento en su fe, o que habían de engendrar la más pequeña nubecilla de duda en el cielo limpio y puro de las creencias de alguno de nuestros hermanos, colgaríamos para siempre la péñola y no volveríamos a descolgarla, pues, como el glorioso e inmortal manco, que con su única mano supo modelar y esculpir la gloriosa figura del Hidalgo Manchego, mejor quisiéramos que se nos cortara en las dos manos que causar el más pequeño estrago mortal o religioso en el alma de nuestros hermanos.

Al emprender hoy este estudio, hemos querido escribir algunos capítulos de lo que, tal vez, en fecha lejana, se convierta en una "Apología de la Religión Católica" acomodada a las necesidades de la generalidad de los lectores filipinos. Nada, pues, más lejos de nuestro ánimo que conturbar las conciencias y provocar las dudas. Al exponer tantos y tan monstruosos errores, queremos producir en el ánimo del lector la repulsión y pena al mismo tiempo que en toda alma cristiana causa la lectura de las horribles blasfemias, de las absurdas calumnias, indignas no ya solo de hombres que se llaman ilustrados, pero ni siquiera del mismo príncipe de los Infernos, con que se ha pretendido denigrar y afear a la religión cristiana y a sus ministros de cuatro siglos a esta parte.

En los artículos dedicados al racionalismo hemos visto cómo éste no dejó, en su afán de destrucción, ni dogma, ni principio religioso que no atacase y tratase de demoler. Desde la Revelación a la Divinidad de Cristo, todo lo negó o todo al menos lo puso en duda. Parecía que no era posible ir más allá en el camino de las negaciones y de los ataques.

Y con todo, esa no era más que la primera y más corta jornada del camino de desvarios irreligiosos, que la mal llamada ciencia moderna había de recorrer y está aún recorriendo, sin que sepamos cual será su fin, ni cuando llegará a su término.

Hemos afirmado en nuestros artículos anteriores, que el neoprottestantismo y la "Ciencia de las Religiones" no son más que una evolución lógica y casi necesaria de los principios y bases del sistema racionalista, que a su vez—y conviene tener esto muy en cuenta—no es más que una consecuencia lógica y necesaria de los principios doctrinales sentados por los llamados Reformadores del siglo XVI. Ese racionalismo produjo en los pueblos protestantes, al penetrar en las masas, gracias a las prédicas de algunos pastores avanzados en su liberalismo, un decaimiento tal de espíritu y una tal ruina en las creencias, que hoy apenas si queda en el pueblo de las naciones protestantes más que un vago recuerdo de las ideas cristianas más elementales.

De sombría, califica el P. Alberto M. Weiss, la situación religiosa protestante en la obra grandiosa que al estudio

del problema religioso consagró y que lleva por título "El Peligro religioso." Y Seeberg, protestante y librepensador, deplora tal situación en términos bien enérgicos: "Actualmente casi están más distanciadas del cristianismo las ideas, que a principios del siglo XIX. Entonces la masa del pueblo era cristiana, pero hoy dista mucho de serlo. La indiferencia más completa ha penetrado hasta en las últimas capas sociales. Ya no se odia al Cristianismo; se ha convertido en cosa demasiado indiferente para excitar el odio" (An der Schwelle des 20 Jahrhunderts, (3), p. 70).

"Las masas son anticristianas, se lamentaba Doellinger, el padre y fundador de los "Viejos Católicos"; los maestros de coro de la opinión pública, y a la cabeza de ellos nuestros genios poéticos, son extraños al Cristianismo dogmático" (Fapsttum, 468,389) "La cultura avanzada de la época ha sometido a la crítica a todos los dogmas protestantes. Esta crítica ha demolido cierto número de ellos a los ojos de una gran parte de los espíritus que piensan y los ha quebrantado más o menos a los otros. Es un hecho reconocido que no existe ya ni UN SOLO TEÓLOGO COMPLETAMENTE CORRECTO" (Zur Verstaendigung im Streit der Religion mit der Zeitbildung, pág. 75). Así hablaba Decher; y Lehmann-Hchenberg se expresa en estos términos: "El dogma de la divinidad de Cristo no es creído seriamente sino por la ínfima minoría de los protestantes" (Das freie Christentum und die Kirche der Zukunft, 42).

Tal es la situación dogmática, digámoslo así, creada por los atrevimientos doctrinales del racionalismo y tales y tan amargos han sido los frutos de irreligión que han causado. Si pasamos a estudiar sus efectos en lo que a la manifestación externa se refiere, nos encontraremos con un cuadro inmensamente más sombrío y para cuyo dibujo no hay tintas lo suficientemente negras.

Esa tremenda descomposición hizo que los mismos racionalistas quisieran encontrar un medio de sustitución, que librase a las masas del derrumbamiento doctrinal; para ello crearon lo que hoy se llama la "Ciencia de las Religiones." En vez de volver sobre sus pasos, retractando los múltiples errores y quitando de sus obras radicalismos y negaciones, continuaron creando nuevos dogmas, dentrando más y más al Cristianismo, buscándole orígenes absurdos, que lo hundiesen más y más en el descrédito. Por eso el pueblo protestante va caminando de mal en peor y si ayer fué irreligioso hoy es incrédulo, y mañana... nadie puede prever lo que será. ¡Los chispazos comunistas debieran iluminar a más de una inteligencia!

Aunque algunos pudieran creer otra cosa, en Filipinas En vez de volver sobre sus pasos, retractando los múltiples la fe sencilla que nos legaron nuestros padres; y como no tengan esos tales ni el fósforo necesario, ni el caudal de paciencia que los estudios serios suponen y que se requieren como elementos indispensables en esta materia, hánse dado a "cortar" capítulos de libros publicados en Europa y que tratan de los orígenes del Cristianismo.

A poner al desnudo ante los ojos de los lectores las deformidades monstruosas de esa mal llamada "Ciencia de las Religiones" se encaminan estos apuntes; para ello nada mejor que presentarlas tales cuales son, en sencilla narración histórica.

"FILADELFO"

A. M. OPISSO

ABOGADO

501-502 Filipinas Bldg.

Tel. 802.

GERARDO VASQUEZ—RICARDO D. MOLINA

Enfermedades de mujeres
y niños Cirugía general.
8:30 a 10:30 a. m.

Enfermedades de mujeres
y venéreas. Cirugía gen.
4-6 p. m.

Kneedler Bldg., Carriedo 220—Cuartos 423-5-7. Tel. 2683
Tel. 3770 222 Jardizabal Res. Tel. 5220